

la defensa no se juntasen mas y mayores, y me dejasen (cual á otro Anteon) hecho pedazos con sus dientes. Ultimamente, con todas estas desdichas, á Sevilla hube llegado.

Llegué á mi posada, y sin que alguno me sintiese, subí hasta mi aposento, que no fuera pequeña dicha si la tuviera de poder entrar luego dentro. Metí la mano en una faltriquera para sacar la llave, y no la hallé. Busquéla en la otra, y tampoco. Daba saltos en el aire, si se me hubiese metido por los follados de las calzas, y no la descubrí, porque sin duda se me cayó en la casa que me recogí, queriendo sacar un lienzo para limpiarme las manos y el rostro. Esta fué para mí una muy grande pesadumbre; levantando los ojos, casi con desesperacion dije: «pobre miserable de mí, ¿qué haré, dónde iré, qué será de mí, qué consejo tomaré para que los criados de mi amo y compañeros míos no sientan mis desgracias? ¿Cómo disimularé para que no me martiricen? A todo el mundo podré decir que mienten, mas no á los de casa, si así me vieran. A todos podré confesar ó negar parte ó todo, segun me pareciere; pero aquí ya me cogen con el hurto en público, abierta la causa y cerrada la boca, sin razon que darles, ni mentira que ofrecerles en mi defensa. Los individuos de mi privanza se bañarán en agua rosada, y convocarán á sus amigos, para que, como enjambre tras la maestra, todos corran á verme y correrme. Perdido soy, deste bordo se anega mi barquilla, que no hay piloto que la salve, ni maestre que la gobierne.» Con estas exclamaciones pasaba perdido, y con mi poca prudencia no me acordaba del mal nombre que tenia en toda Roma, y lamentaba con alharacas de un caso de fortuna. ¡Oh, si á Dios pluguiese, que al respeto que sentimos las adversidades corporales, hiciésemos el sentimiento en las del alma! Empero acontecen como á los que hacen barrer la delantera de su puerta de calle, y meten la basura en casa.

¶ Diciendo estaba endechas á mis desdichas, cuando me vino á la memoria un caso que pocos dias antes habia sucedido, que me fué grandísimo consuelo, dándome ánimo y nuevo esfuerzo para lo que adelante pudiera suceder, y fué: «A una dama cortesana en Roma, por ser descompuesta de lengua, le hizo dar otra una gran cuchillada por la cara, que atravesándole las narices, le ciñó igualmente los lados. Y estándola curando, después de haberle dado diez y seis ó diez y siete puntos, decía llorando: ¡ay desdichada de mí! señores míos, por un solo Dios, que no lo sepa mi marido! Respondióle un maleante que allí se habia hallado: si como á vuestra merced le atraviesa por toda la cara, le atravesara las nalgas, aun pudiera encubrirlo; pero si no hay toca con que se cubra, ¿qué secreto nos encarga?» Parecióme dislate y boberia hacer aquellos melindres; y pues el daño era público, y de alguna manera no podía estar callado, que seria mucho mejor hacer el juego maña, ganar por la mano, salirles á todos al camino echándolo en donaire; y contándolo yo mismo antes que me tomasen prenda, entendiendo de mí que me corría, que por el mismo caso fuera necesario no parar en el mundo. Haga nombre del mal nombre quien desea que se le caiga presto; porque con cuanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto mas arraiga y se fortalece, de tal manera que se queda hasta la quinta generacion; y entonces los que suceden, hacen blason de aquello mismo que sus pasados tuvieron por afrenta. Esto mismo le sucedió á este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Picaro*, y no se conoce ya por otro nombre. ¶

Quedé perplejo, sin determinar lo que habia de hacer. Y pareciéndome, que pues en los infortunios no hay otro sagrado en la tierra donde acudir sino á los amigos, aunque yo tenia pocos y ninguno verdadero, que seria bien valerme de un compañero mio, que se me vendia por tal

y mas mostraba serlo. Fulme á su aposento, llamé á la puerta y abríome. Allí estuve aguardando hasta que al mio le quitaron la cerradura. Ved cuál estaba yo, pues aun para sentarme sobre un arca, no tuve ánimo por no dar al compañero pesadumbre, dejándosela estampada de mi yerro. No pudo ser este caso tan secreto, que se dejase de saber luego. Gran lástima es de una casa que no hay criado en ella que no procure como lisonjear al señor, aunque sea con chismes, cuando él es tal, que juegan con él como tres contra el mohino; y en esto se conocerá cada señor, en lo que los criados lo aman y en la gracia con que le sirven. Y desdichado dél, si piensa llevarlos con rigor y granjear por temor el amor, que pocos ó ninguno saldrá con ello. Son los corazones nobles, y quieren moverse con halagos. Apenas habia mudado de vestido y lavádomme, que ya mi amo sabia de mi lodo; habíame dicho el qué, pero no el cómo. Con esto me dejaron, y tuve harto blanco donde poder henchir lo que quisiese. Preguntóles cómo me habia sucedido; ninguno supo satisfacerle, con mas de lo que habia visto.

Después me dijo y supe de su boca que le pasó por la imaginacion, si me habian cogido dentro de la casa de Fabia, y que conociendo mis mañas me habrian querido dar carena; de donde habia resultado escaparme huyendo y caido en algun lodazal, ó que luchando á brazos con los criados, que saldrían en mi seguimiento, me habrian derribado por el suelo, poniéndome de aquella manera por afrontar sin matarme. Y en el mismo tiempo estaba yo haciendo la cuña del mismo palo, con el mismo pensamiento para sacar dél allí la satisfaccion; y aunque no era lo propio, á lo menos era de aquel triunfo, y por caminos diferentes ibamos ambos á un parador. Solo nos diferenciábamos en que con su prudencia sospechaba lo mas contingente, y yo con mi vanidad lo menos dañoso á mi reputacion. Habia estado aquella noche ocupado con papeles; mas dejándolos por un rato, me mandó llamar, y teniéndome presente no me habló palabra, hasta que retirándose á su retrete, se fueron los mas criados y quedé con él á solas. Preguntóme cómo habia caido y dónde; yo le dije, que como estuviese con cuidado á la puerta frontera de un vecino de Fabia, si acaso hubiera lugar para poder hablarla, y como saliese Nicoleta, su criada, haciéndome señas que llegase presto, con el alboroto del no pensado regocijo, quise atravesar la calle por un mal paso (por no tardarme rodeando por el bueno), queriendo dar un salto en una piedra mal asentada, torcióse y torcíme, quiseme cobrar y no pude sin caer en el suelo y enlodarme. Por lo cual Nicoleta, con el alboroto de la gente se retiró adentro, y á mí me fué forzoso volverme á casa.

El me dijo entonces: «del daño el menos; desgraciadamente andas en esto, Guzmanillo. Tarde, con mal, y en martes lo comenzaste. Solo en mi suerte y servicio te pudiera suceder esa desgracia. — No la tenga por tal vuestra señoría, le dije, ni la ponga en ese número, que antes creo lo fuera muy mayor si no me aconteciera esta. Porque dicen allá en Castilla: *quebréme un pié quizás por mejor*. Su marido estaba en casa, y supuesto que yo no sé para qué me llamaban, si era trampa; qué sé yo (cuando todo me corriera viento en popa) si me sintieran dentro hablando con la señora, me zamarrearan de manera que, á buen librar, no me dejaran hueso en su lugar ni narices en la cara. Porque, de mi continuacion en rondar aquella casa, se ha causado alguna nota, y aunque algunos entienden que lo hago por Nicoleta, la criada, muchos que lo ignoran lo atribuyen á lo peor; y he visto que de pocos dias á esta parte anda el buen viejo don Beltrán conmigo torcido como alcozuz. Hablábame otras veces, preguntando por damas desta corte, si habia buena ropa castellana, y agora se pasa de largo aun sin hablarme; y si descubro la cabeza y quito el sombrero, hace que no me mira y se pasa entero, como hecho de una tabla.»

Esto le decia, y estábame mi amo muy atento, de cuando en cuando arqueando las cejas, de donde colegí que se ciscaba. Vile todas las cartas, conocile todo el juego, y que lo hacia con temor de su reputacion ó de su persona, que no le seria bien contado, si le sucediera desgracia en aquella casa, por ser de lo mas y mejor emparentado de la ciudad; acudile, apretando mas la llave, prosiguiendo: «ninguna cosa hoy hay en el mundo, que me ponga espanto ni desquilate un pelo de mi ánimo, que ya tengo conocido hasta dónde puede la desgracia tirar conmigo la barra; que quien anda en mis pasos y mi trato trae, trae jugada la vida y perdida la honra. Prevenido estoy de paciencia y sufrimiento para cualquier grave daño que me venga; enseñado estoy á sufrir con esfuerzo, y esperar las mudanzas de fortuna; porque siempre dellas sospeché lo peor y previne lo mejor, esperando lo que viniere; nunca son sus efectos tan grandes como las amenazas; y si me acobardase á ellas, me irian siguiendo hasta la mata sin dejarme. No importa lo sucedido ni que haya sido el principio en martes, que ni guardo abusiones, ni vuestra señoría es mendocino, para ir con los vanos abusos de los españoles, como si los mas dias tuviesen algun privilegio, y el martes alguna maldicion del cielo; y cuando sobre mí se caiga, en todo rigor y á todo mal sucede, no por cosa hoy del mundo me sacaran palabra por la boca, con que á ninguno pare perjuicio; vuestra señoría siempre se haga desentido en todo, y no se le dé un cuatrin por nada. Servirle tengo hasta la muerte, sea como fuere, y tope donde topare. Verdad es, que si el caso fuere propio mio, no solo me desistiera dél por lo mal que se va entablado, pues en mil dias no dan uno de audiencia, y á este paso es negocio inmortal (salvo si no ha de ser como los mayorazgos, que los fundan los padres para que lo gocen los hijos, y aqueste requiebro ha de quedar para los herederos); mas en todo aquel barrio no pusiera pié por lo que ya en él se nota. No falta en Roma bueno y mas bueno, á menos peligro y costa, con mas gustos y menos embarazos. No sé si se lo hace, que nunca yo quiero por querer, sino por salpicar, como los de mi tierra; soy cuchillo de melonero, ando picando cantillos, mudando hitos, hoy aquí, mañana en Francia; de cosa no me congojo, ni en alguna permanezco; á mis horas como y duermo, no suspiro en ausencia, en presencia bostezo y con esto las muelo. Vuestra señoría es muy diferente, va todo á lo grave y con señoría, sigue como poderoso lo mas dificultoso, y como sacre sube tras de la garza hasta perderse de vista, cueste lo que costare, y venga lo que viniere; que como hay fuerzas para resistir, todo asienta de cuadrado, y le hace buena pantorrilla.»

«Mal entiendes lo que dices, Guzmanillo, me respondió mi amo, que antes corre al revés de lo que has dicho; porque ninguna cosa hoy hay en el mundo mas perjudicial ni mas notada, que cualquier pequeña flaqueza en una persona pública. Porque como tengamos obligacion los de mi calidad á vestirnos como queremos parecer, á pena de parecer como nos quisiéremos vestir, hace muy grande mancha cualquiera muy pequeña salpicadura; muy poquito aire hace sonar mucho los órganos; y te doy palabra, que si empeñada no la tuviera en algunas cosas, en especial que la dí á Nicoleta de que visitarías de mi parte á Fabia, y me pesaria que me tuviese por fácil ó pusilánime, culpándome de inconstante, que habia sido mi amor como de niño, agua en cesto, no mas de para tentar los aceros y burlarla; pues habiéndome dado buenas esperanzas, las estimo en poco, no siguiendo el alcance, que no se me diera un clavo por dejarla. Pues demás que, como dices, habemos comenzado tan perezosamente, no me siento tan perdido ni apasionado, que deje de conocer que tiene marido de lo mejor de Roma, principal, rico y noble, á cuyo respeto debemos los que profesamos tener algun honrado principio, guardar todo buen decoro sin

hacerle injuria; que no por ser ella moza (y como tal, obligada con ocasiones á gozar de otras que se le ofrecen) tengo yo de seguir el arreo, y sustentárselas tan á costa de lo que debo á mi nobleza y á honor de su casa y deudos. Muchas veces los hombres al descuido miramos, y con pequeña causa nos empeñamos mucho, donde sin reparo nos es necesario tener el envite, á pena de necios, cobardes ó impotentes. Mas pues de nuestra parte se han hecho diligencias, y tan poco valen, y tanto cuestan, como es la honra de aquesa señora, si mi apetito fué pólvora que súbito abrasó la razon con el incendio, ya se pasó aquel furor, ya reconozco lo mal que hago, y me allano postrado por tierra. No quiero mas ir (como dices) en alcance de lo que mas me huye, antes con esa señora que me vino á la mano quiero hacer como generoso gavián, soltar el pájaro de manera que de todo punto quede sepultada la mala voz que por mi respeto se ha levantado, tomando para ello la traza que mejor esté á su reputacion y á la mia.»

Esto dijo, y parecióme su resolucion mi salvacion; en ella hallé abierto el paraíso de mis deseos; y loando su buen propósito, le facilité la salida, no tanto por su intencion, cuanto por mi reputacion; y así le dije: «vuestra señoría corresponde á quien es en lo que dice y hace; porque aunque sea suma felicidad alcanzarse lo que se desea, la tengo por muy mayor no desear lo que incita la sensualidad, y menos en daño ajeno y de tal calidad. Esa es consideracion cristiana, hija del valeroso entendimiento de vuestra señoría; no es justo desampararla, y quede á mi cargo el modo; pues el fiel criado, aunque por intereser la privanza, le acontezca dar calor al apetito de su amo, no está fuera de obligacion de volver la rienda cuando lo viere corregido, animando su buen propósito.» Con esto me despidió, diciendo: «vete con Dios á dormir en mi negocio, pues en tus manos anda mi honra.»

## CAPITULO VII.

Siendo público en Roma la burla que se hizo á Guzmán de Alfarache, y el suceso del puerco, de corrido se quiere ir á Florencia, hácesele amigo un ladrón para robarlo.

¶ Póngome muchas veces á considerar cuánto ciega la pasión á un enamorado. Considero á mi amo que me deja su honra encomendada, como si yo supiera tratarla sin sobajarla. Viéname también al pensamiento, y no me deja mucho holgar, cuando discurro, ¿cómo habiendo sido tan lisiado en mentir, pude subir á tanta privanza; cómo conmigo se trataban casos de importancia; cómo me fiaban secretos y hacienda; cómo se admitian mis pareceres; cómo se daba crédito á mi trato, y cómo siendo esto así, que jamás oyeron de mi boca verdad que no saliese adulterada, me daba tanto enfado que me la dijese otros? Y por el mismo caso aborrecia para siempre á quien una sola vez me la trataba. Y no era maravilla en mí, si es natural á todos los que algo negocian, pesarles que no sean con ellos en todo puntuales, y nunca lo saben ser ellos, ni se cansan de mentir. Comiencen de lo mas alto, y decíandán á lo mas bajo; si algo dellos habeis de recibir, si algun favor os han de dar, que nada les cuesta, cuántas trampas, cuántas dilaciones, cuánto diferirlo de hoy á mañana, sin que mañana llegue, por ser la del cuervo, que siempre la promete y nunca viene! Y si lo habeis de dar, y con ellos no andais tan relojeros, que un solo momento faltáis á lo puesto; si no les pagais al justo lo prometido; si se lo dilatais un hora, ni sois hombre de palabra ni de buen trato. Yo en el mio hacia lo mismo; consideraba entre mí diciendo: ¿á mí qué se me da de no decir verdad? ¿Qué me importa que sea vicio de viles y pasto de bestias? ¿Qué daño me vendrá cuando no me den crédito, si lo tengo ya ganado, aunque á los ojos vea que miento; y es tanta su pasión, que no se quieren desengañar de mi engaño? ¿Qué honra tengo que perder? ¿De cuál



crédito vendré á faltar? Yo soy conocido, y el mundo está de manera que, por el mismo caso que miento, me sustentan, me favorecen y estiman. Mentir y adular aprieta, que es manjar de príncipes. No en buena fe, sino llegaos y decildes que no jueguen, que tienen el estado consumido y á los vasallos pobres; que no sean disolutos por las calles ni en las iglesias, que dan ocasión á muchos escándalos y daños; que no sean disipadores pródigos, que se pierden y empeñan por la posta; que pues tienen para mal baratar, que sepan pagar á sus criados que andan rotos y hambrientos; que si pueden ó tienen favor, que lo dispensen con los pobres; que si privan, que aprovechen la privanza en ganar amigos, pues ninguna es fija ni hay fortuna firme; que si quiera las fiestas para oír misa se levanten á tiempo; que confiesen de veras, y no para cumplir con la parroquia, y son cristianos de solo nombre (que hay hombres que tasadamente tienen fe para que no los castiguen); que miren por sí, que son hombres; y si viejos ya están luchando á brazos con la muerte, la sepultura en medio. ¶

¶ Ya se les ha notificado la sentencia, y como los que han de justiciar se despiden de sus amigos, y le van poniendo las insignias que han de llevar, así se van despidiendo de todas las cosas á que mas afición tuvieron; del gusto, del sueño, de la vista, del oído; y le hace por horas notificación de la sentencia, el riñón, la vejiga, la orina; el estómago se debilita, enflaquece la virtud, el calor natural falta, la muela se cae, duelen las encías; que todo esto es caer terrones y podrirse las maderas de los techos; y no hay puntales que tengan la pared, que falta toda desde el cimientado y se viene al suelo la casa. Atrevo pues á un mozo, moceto, atrevido y descomedido; representádele que no sabe quien lo quiere mal, que porque habló, porque miró, porque se alabó, porque por ventura pasó, si no entró, adonde no debiera, lo coserán á puñaladas, y no tendrá lugar de recibir sacramentos, ni de llamar á Dios que le valga; ó que considere que la sangre se corrompe, los humores abundan, que anda desordenado, come demasiado, hace poco ejercicio, que le dará una apoplejía ó cualquiera otra enfermedad que lo acabe, pues *tan presto se va el cordero como el carnero*. Que no piense por verse fuerte de brazos, tieso de pié y pierna, robusto de cuerpo y sano de cabeza, que aquello es fijo y tiene cierta la estabilidad. ¶

¶ Ya me parece que le oigo decir: vos, como pobre, sois el que os habeis de morir y padecer aquehas desventuras, que yo soy rico, valido, valiente, discreto y generoso; tengo buena casa, duermo en buena cama, como lo que quiero, huelgo segun se me antoja, y donde no hay trabajos, no hay enfermedad ni llega la vejez. Ah, loco, loco! Pues á fe que Sanson, David, Salomon y Lázaro eran mejores, mas discretos, valientes, galanes y ricos que tú, y se murieron; que llegó su día. Y de Adán á ti han pasado muchos, y ninguno dellos ha quedado en el siglo vivo. Quien les dijese aquesta verdad, y que si otra cosa piensan, que son tontos. *Digase lo Vargas*. Atrévase á ello un desesperado; por menos que eso darán queja criminal de vos; no hay burlarse con poderosos ni decirles verdades. No me corre obligación de decirlas donde no han de ser bien admitidas, y ha de resultarme notorio daño dellas; baste para mi entender, y acá para los de mi tamaño, saber que todo miente, y que todos nos mentimos: mil veces quisiera decir esto, y no tratar de otra cosa; porque solo entender esta verdad es lo que nos importa. Que nos prometemos lo que no tenemos ni podemos cumplir. El que se tiene por mas valiente, sano, de humores mas concentrados y bien mezclados, ese no tiene punto de seguridad, y está mas presto para caer. No hay fuerzas tan robustas que resistan un soplo de enfermedad; somos unos montones de polvo, poco viento basta para dejarnos llanos con la tierra. Nadie se adule, ninguno forme de sí lo

que no es, ni lo que su sensualidad mentirosa le dice. Diráte lo que á todos. « Poderoso eres; haz lo que quisieres. Galán eres; pasea y huélgate. Hermoso y rico eres; haz disoluciones. Nobleza tienes; desprecia á los otros, y ninguno se te atreva. Injuriado estás; no se la perdonen. Regidor eres; rige tu negocio, pese á quien pesare, y venga lo que viniere. Juez eres; juzga por tu amigo y tropélese todo. Favor tienes; gástalo en tu gusto, dándole al pobre humo á narices; que no conviene á tu reputación, á tu oficio, á tu dignidad ni á tu honra; que te pide lo que le deben ni la capa que le quitaste. » ¶

¶ Pues á fe, señores míos, ya sean quien quisieran ser ó piensan que son, que no son los que piensan; y el mejor, cuando muy bueno es, es un poco de polvo. Escoged de cuál polvo quieren ser, si de tierra ó de ceniza, porque no hay otro; y si de tierra, traigan á la memoria, que cuando su principio fué lodo, porque se amasó con agua, y fué lo mismo que decirles que fertilizasen para el cielo, conociéndose á sí mismos. Ya sabes que la tierra sin agua no da fruto, y si la suya está seca con vicios, y con el rocío del cielo santas inspiraciones no la regaren de buenas obras para que fructifique, perdonando injurias, pidiendo perdón á las cometidas, pagando lo que deben, y haciendo verdadera penitencia, serán montones de ceniza para nada buenos. Aconteceráles lo que á la ceniza, que hacen della el jabon con que se limpian en otra parte las manchas, y luego la echan al muladar. Con su ejemplo escarmentarán otros que se salven, y ellos irán á las carboneras del infierno. ¶

¶ Ya son estas verdades, ya se ha llegado el tiempo para decirlas, y si mentí en mi juventud con la lozania della, las experiencias me dicen, con la senectud conozco la falta que me hice. Y nadie se atreva ni piense que le sucederá lo que á mí, vida larga, y confiados en ella se descuiden con la enmienda, dejándolo para después de muy maduros, que vendrá un solano que los lleve verdes. Nunca yo la tuve cierta, ni á los mas está segura; que somos como las aves del cortijo, llega el águila y lleva la que le parece, ó el dueño las va entresacando como se le antoja. Ninguna tiene hora suya, unas van tras otras; yo también he ido tras de mi pensamiento, sin pensar parar en el mundo; mas como el fin que llevo es fabricar un hombre perfecto, siempre que hallo piedras para el edificio, las voy amontonando. Son mi centro aquestas ocasiones, y camino con ellas á él. Quédele aquí esta carga, que si alcanzare al tiempo, yo volveré por ella, y no será tarde. ¶

Vuelvo pues, y digo que todo yo era mentira como siempre. Quise ser para con algunos mártir, y con otros confesor, que no todo se puede ni debe comunicar con todos: así nunca quise hacer plaza de mis trabajos, ni publicarlos con puntualidad: á unos decía uno, y á otros otro, y á ninguno sin su comentario. Y como al mentiroso le sea tan importante la memoria, hoy lo contaba de una manera y mañana de otra diferente, todo trocado de como antes lo habia dicho. Di lugar á que, conociéndome por mentiroso, no me diesen crédito, dándolo á la voz general; porque realmente todos convenian en el hecho, aunque quitaban y ponian como á cada uno se le antojaba y tú puedes hacerlo. Ya como novedad, por aquellos dias no se trataba otra cosa en toda Roma: mi yerro era su cuento, y mi sociedad la salsa de las conversaciones. Ya mi amo lo sabia, mas como prudente sentia y callaba; que no siempre se ha de dar el señor por entendido de todo, que seria obligarse (á la ley de bueno) al remedio de todo. Disimulaba, mas no tanto, que por entre algunas entresitas y mirar de ojos no se lo conociese. Araba conmigo que no perdía surco; y como estaba bien á él disimular, también á mí el negar; callábamos todos, empero no pudo ser sin que dejase de romper el diablo sus zapatos.

No faltó un amigo suyo, y por el consiguiente mi enemigo, que cogiéndolo á solas le dijo cuánto importaba

para su calidad y crédito despedirme, por la publicidad con que se hablaba de sus cosas, y que cada cual sentia dellas como queria. Que los caballeros de su profesion y oficio debian proceder segun lo que representaban; porque de lo contrario resultaria en perjuicio de la reputación de su dueño. Este discurso es mio; que si no pasaron estas palabras formales, á lo menos creo serian otras equivalentes á ellas. Mas cualesquiera que fuesen, yo sé que ningunas le pudieron decir que no le fuesen á él muy sabidas, y sin duda le pesaria de que se las dijese; mas palabras no me dijo por entonces, ni conmigo hizo demostración alguna que diferenciase mas de lo que siempre. Solo que cómo ya era entrada de cuaresma, tomola por achaque para recogerse y no tratar de cosas de mujeres. Desta manera corrimos; mas, con las demasias de lo que me pasaba por las calles, tomaron en casa los criados mas licencia de la que convenia por chacota y entretenimiento; empero entre burlas y veras, me daban cordeles, que no aprietan los cordeles en el tormento tanto; de manera que ya no tenia parte segura ni pared adonde arriarme, de donde no saliese un eco que me confesase los pecados.

Un dia, yendo por una calle, me vi tan apurado de paciencia por todas partes, tan agostado el entendimiento, que casi me obligaron á hacer muchos disparates. Dijo bien el que, preguntándole que en cuánto tiempo se podria volver un cuerdo loco, respondió: « segun le dieran priesa los muchachos. » Aquí me llega el agua sobre la boca, vime anegado y renegado de mi sufrimiento; quisiera tirar piedras, mas fuéronme á la mano: un mocito de mi talle, traza y edad, bien compuesto, pero mal sufrido, porque tomando contra todo el comun mi defensa, favorecido de otros dos ó tres amigos que con él venian, resistieron con obras y palabras ásperas á los que me perseguian. Y sosegándolos á ellos y reportándome á mí, me llevó solo mano á mano á mi posada, dejándose allí á los compañeros deteniendo la gente. Luego que á mi casa llegamos, lo quisiera detener para hacerle algun regalo, empero no lo admitió. Supliqué me dijese su posada y nombre, negómelo todo, prometiéndome volverme á visitar. Solo me dijo que me tenia particular afición, así por mi persona, como por ser español de su nación, que como tal sentia mis desgracias, y con esto nos despedimos. Yo llegué tan robada la color, tan encendidos los ojos, tan alborotado el entendimiento, que sin consideración, viendo servir la comida, me subí tras los pajes, hasta la mesa del embajador mi señor.

Quando allí me hallé igual á los gentileshombres, con capa y espada, conocí mi necesidad, quiselo remediar con salir de la pieza, mas fué tarde, porque ya mi amo en el semblante me habia conocido lo que llevaba; preguntómelo, y hallándome sin menudos, que no habia trocado, mal prevenido de mentiras, dijele toda la verdad sin pensar ni quererla decir. Y fué la primera que salió sin agua de mi taberna. Mi amo calló; mas los criados, no pudiendo sufrir la risa, unos cubrian el rostro con las medias fuentes, trincheros y salvillas que tenían en las manos, otros que las tenían vacias, cubriéndose la boca con ellas y reventándoles en el cuerpo, se salieron de la sala; tanto se descompusieron que monsieur se amohinó, y riñéndoles á todos con palabras nunca dél usadas, reprehendió el atrevimiento en su presencia; quedé tan avergonzado, tan otro yo por entonces, tan diferente de lo que antes era, cual si supiera de casos de honra ó si tuviera rastro della. Oh, cuántas cosas castiga un rigor adonde no pudo hablar el amor! ¡Cuánto importa muchas veces dar una notable caída, para mirar otras donde se ponen los piés y cómo se pasa! Entonces vi mi fealdad, en aquel espejo me conocí, halléme de modo que por cuantos amos ni mujeres tenia el mundo, no volviera á tratar de sus

corretajes ni á solicitarlas. ¡Qué buena resolución si durara!

Pasóse aquesto y quedóse mi amo pensativo, la mano en la mejilla, y el codo sobre la mesa, con el palillo de dientes en la boca, mal contentó de que mis cosas corriesen de manera que le obligasen á lo que no pensaba hacer, aunque le convenia para evitar mayores daños, empeñándose tanto, que diese notable nota contra su reputación por mi defensa, que real y verdaderamente la muestra del paño del amo son sus criados. Mandóme bajar á comer, y nunca de allí en adelante yo ni otro alguno de mis compañeros por muchos dias le vimos el rostro alegre, ni tan afable como tenia de costumbre. Ya yo no me atrevia como antes á salir de casa, si no era de noche; siempre asistia á mi aposento leyendo libros, tañendo, hablando con otros amigos; y deste retirarme se causó en los de casa nuevo respeto, en los de fuera silencio, y en mi otra diferente vida. Ya se caian las murmuraciones, ya se olvidaban con el ausencia mis cosas, como si no hubieran sido.

Visitábame á menudo aquel mancebito que tomó mi defensa; hizome muchos ofrecimientos de su hacienda y persona; díjome su tierra y nombre, que habia venido á Roma sobre cierto caso en que habia de dispensar su Santidad, y que habia gastado mucha hacienda y tiempo sin haber negociado. Halléme obligado á su buen proceder, creíle; y como deseaba se le ofreciese ocasión en que pagarle algo de la mucha obligación en que me habia puesto, le rogué me diese parte de su negocio, para que yo lo pidiese de merced al embajador mi señor y se lo negociase brevemente. Agradeciómelo mucho, y respondióme que ya se habia tomado cierta vereda por donde caminaba, y le daban buenas y ciertas esperanzas; mas que si de allí escapase, recibiria la merced que le ofrecia. Con esto fuimos dando y tomando razones, hasta que pidiéndome que saliésemos á pasear un poco á palacio, esusándome, le dije la causa por que me habia retirado, y cuán bien me iba con ello, pues no saliendo de casa estaba sosegado mi ánimo y el alboroto de la ciudad. Era el mozo veloso y no menos que yo; cogióme la palabra por ser la que mas él deseaba oírme, y díjome: « señor Guzmán, vuestra merced procede con tanta discreción, que se conoce bien ser suya; y tengo por tan acertado el remedio cuanto se me hace dificultoso entender que se pueda proseguir adelante; pues los casos que se ofrecen obligan á los hombres á quebrantar los mas firmes propósitos. Yo, si fuese vuestra merced, habiendo de restarme tanto tiempo encerrado, tendria por mejor ganarlo en otra parte, dando una vuelta por toda Italia. De donde no solo se sacaria notable gusto, pero juntamente se conseguiria el fin que con estarse aquí encerrado se pretende, y aun con mas ventajas; pues el tiempo y ausencia lo gastan todo, y son los mejores médicos que se hallan para sanar semejantes enfermedades. »

Fuíme juntamente con esto engolosinando con referirme curiosidades y grandes escelencias de Florencia, la belleza de Jénova, el incomparable único gobierno y regimiento de Venecia, y otras cosas de gusto, que de tal manera me dispusieron, cavando en mí aquella noche toda, que no la reposé ni pude imaginar en otra cosa. Ya me hallaba calzadas las espuelas caminando, porque luego en amaneciendo fui á dar de vestir al embajador mi señor; y dándole cuenta de aquella resolución, la estimó en mucho, teniéndola por honrada y acertada para todos. Díjome luego lo que dije que le habian dicho, y lo que le habia pasado sobre mesa cuando se quedó suspenso; cómo deseaba verme acomodado por la grande afición que me tenia, y buscaba trazas para ello; mas pues era tan buena la mia, si me quisiera ir á Francia, daria sus cartas para que sus amigos me favoreciesen, ó que hiciese



la elección que mas me vniere á cuento, que de su parte haria conmigo como tenia de obligacion á criado que tan bien le habia servido. Realmente yo quisiera pasar á Francia, por las grandezas y majestad que siempre oí de aquel reino, y mucho mayores de su rey, mas no estaban entonces las cosas de manera que pudiera ejecutar mis deseos. Beséle las manos por la merced ofrecida, y díjole que gustaria (dándome su bendicion y licencia) de dar primero una vuelta por toda Italia, en especial á Florencia, que tanto me la tenían loada, y de camino á Siena, donde residia Pompeyo, un mi grande amigo, de quien su señoría tenia noticia, por lo que de ordinario nos comunicábamos con cartas, aunque nunca nos habíamos visto. Mi amo se alegró mucho dello, y desde aquel mismo dia comencé de aliar mi viaje, llevando propuesto de allí adelante hacer libro nuevo, lavando con virtudes las manchas que me causó el vicio.

## CAPITULO VIII.

Guzmán de Alfarache se quiere ir á Siena, adonde unos ladrones le roban lo que habia enviado por delante.

¶ Aquel famosísimo Séneca, tratando del engaño (de quien ya dijimos algo en el capítulo III deste libro, aunque todo será poco), en una de sus epistolas dice ser un engañoso prometimiento que se hace á las aves del aire, á las bestias del campo, á los peces del agua y á los mismos hombres. Viene con tal sumision, tan rendido y humilde, que á los que no lo conocen podria culpárseles por ingratitude, no abrirle de par en par las puertas del alma, saliéndolo á recibir los brazos abiertos. Y como toda la ciencia que hoy se profesa, los estudios, los desvelos y cuidado que se pone para ello, va con ánimo doblado y falso, tanto cuanto la cosa de que se trata es de suyo mas calificada en perjuicio, tanto con mayor secreto la contraminan, mas artilleria y pertrechos de guerra se previenen para ella. No tenemos de qué nos admirar cuando fuéramos engañados desta manera, sino de que siempre no lo seamos; y siendo así, tengo por menor mal ser de otros engañados, que autores de tan sacrilega maldad.

¶ Entre algunas cosas que indiscretamente quiso reformar el rey don Alonso (que llamaron el Sabio) á la naturaleza, fué una culpándola de que no habia hecho á los hombres con una ventana en el pecho, por donde pudieran otros ver lo que se fabricaba en el corazon; si su trato era sencillo, y sus palabras januales con dos caras. Todo esto causa la necesidad; hallarse uno cargado de obligaciones y sin remedio para socorrerlas, hace buscar medios y remedios como salir dellas. La necesidad enseña claros los mas oscuros y desiertos caminos. Es de suyo atrevida y mentirosa, como antes dijimos en la primera parte. Por ella tienen también sus trazas aun las mas simples aves. Corre con fortísimo vuelo la paloma buscando el sustento para sus tiernos pollos; y otra de su especie, desde lo mas alto de una encina, la convida y llama que se detenga y tome algun refresco, dando lugar que con secreto el diestro tirador la derribe y mate. Gallardéase por la selva, cantando dulcemente sus enamoradas quejas el pobre pajarillo, cuando causándole celos el otro de la jaula ó la añagaza, le hacen quedar en la red ó preso en las varetas.

¶ Allí nos dice Aviano, filósofo, en sus fábulas, que aun los asnos quieren engañar, y nos cuenta de uno que se vistió un pellejo de un leon para espantar á los mas animales; y buscándolo su amo, cuando lo vió de aquella manera, que no pudo cubrirse las orejas, conociéndole dióle muchos palos, y quitándole la piel fingida, se quedó tan asno como antes. Todos y cada uno por sus fines quieren usar del engaño contra el seguro del, como lo declara una empresa significada por una culebra dormida, y una

araña que baja secretamente para morderla en la cerviz y matarla, cuya letra dice: *no hay prudencia que resista al engaño*. Es disparate pensar que pueda el prudente prevenir á quien le acecha.

Estaba yo descuidado, habia recebido buenas obras, oído buenas palabras, via en buen hábito á un hombre que trataba de aconsejarme y favorecerme, puso su persona en peligro por guardar la mia, visitóme (al parecer) desinteresadamente, sin querer admitir ni un jarro de agua, díjome ser andaluz, de Sevilla, mi natural, caballero principal; Sayavedra, una de las casas mas ilustres, antigua y calificada della: ¿quién sospechaba de tales prendas tales embelecios? Todo fué mentira, era valenciano, y no digo su nombre por justas causas; mas no fuera posible juzgar alguno de su retórico hablar en castellano de un mozo de su gracia y bien tratado, que fuera ladroncillo, cicatero y bajamanero; que todo era, como la compostura prestada del pavon, para solo engañar, teniendo entrada en mi casa y aposento, á fin de hurtar lo que pudiese. Fiéme del, y otro dia viniéndome á visitar, como me halló de mudada, quedó admirado y confuso sin saber qué pudiera ser aquello. Preguntóme, y díjole que habia tomado su consejo, y estaba determinado de irme á Siena, donde residia Pompeyo, un grande amigo mio, para de allí pasar á Florencia, dando vuelta por toda Italia. Con esto parece que se alentó y alegró, loando mi parecer y mudando su determinacion; porque si hasta entonces trazaba hurtarme alguno de mis vestidos ó joyas de oro, ya con aquella nueva, no se contentó con menos que con todo el apero. Estuvo con atencion viendo cómo aderezaba los baules, ayudándome á ello; vió dónde guardé unos botoneillos de oro y una cadenilla con otras joyuelas que tenia, y mas de trecientos escudos castellanos que llevaba; porque la casa del embajador, mi señor, como ya no jugaba sino guardaba, me valió en casi cuatro años que le serví muchos dineros, en dádivas que me dió, baratos y naipes que saqué, y presentes que me hicieron.

Cuando tuve mis baules bien cerrados y liados, puse las llaves encima de la cama, donde Sayavedra clavó su corazon, porque no deseaba entonces otra ocasion que poderlas haber á las manos para falsarlas. Vinole como *así me lo quiero, á qué quieres boca*; porque como estuviésemos hablando en mi viaje, y le dijese que pensaba enviar aquello por delante, y detenerme seis ó siete dias en Roma, despidiéndome de mis amigos en cuanto aquello llegase á Siena, subieron á decirme que me buscaban unos hombres. Pues como el aposento estaba descompuesto, sucio y mal acomodado para recibir visita, bajé á saber quiénes eran; en el interin tuvo Sayavedra lugar de imprimir las llaves todas en unos cabos de velas de cera que andaban rodando por mi aposento, si acaso no es que la trujo en la faltriquera. Los que me buscaban eran los muleteros ó arrieros que venian por la ropa; subieron, entreguése la y llevarónla. Quedámonos hablando el amigo y yo, que como no salia de casa, creí que me hacia cortesía, nacida de amistad para entretenerme aquellos dias, y fué solo á esperar en cuanto se contrahacian las llaves y desvelarme para lo que luego diré. Visitóme tres ó cuatro dias, y cuando le pareció tiempo que tenia su negocio hecho, vino á mi aposento una tarde muy parejo el rostro, cabizbajo, significando traer grande cargazon de cabeza; dolor en las espaldas, amarga la boca y profundo sueño. Fingióse amodorrado, y dijo no poderse tener en pie, que le diese licencia para volverse á su posada. Halléme corto de ventura en que la mia no estuviese acomodada para poder hospedarlo en ella, y agasájarlo por entonces. Pedile que me dijese la suya para irlo á visitar y enviarle algunas niñerías de enfermos, ó ver si pudiera serle de provecho en algo; respondióme, que la tenia en

casa de cierta dama secreta, mas que si su enfermedad pasase adelante, me avisaria dello para que lo visitase.

Despidióse y fué aquel mismo dia por la posta á Siena, donde halló que ya sus amos y compañeros habian llegado al paso de los muleteros, porque los fueron acechando para ver dónde y á quién se entregaban los baules. Cuando á Siena llegó y vieron entrar un gentil hombre de tan buen talle por la posta, creyeron ser algun español principal. Fué á hospedar á una hosteria, donde al momento acudieron sus compañeros que lo esperaban, que dando á entender ser sus criados, le servian al vuelo. Luego aquel dia envió con uno dellos á llamar á Pompeyo, haciéndole saber cómo yo habia llegado á la ciudad. Y cuando mi amigo recibió el recaudo y supo estar yo en ella, fué tanta su alegría que, sin acertar ni aguardar á cubrirse bien la capa, se tardó gran rato en ello, porque me dijo que ya se la puso del revés, ya por el ruedo; mas á medio lado y mal aliñado, salió á toda priesa de casa, cayendo y tropezando con la priesa de llegar y deseo de verme. Llegó donde yo fingido estaba, formó muchas quejas de no haberse apeado en su casa, de que Sayavedra le dió escusas. Entretuviéronse tratando del viaje y cosas de Roma hasta ya de noche, que despidiéndose Pompeyo, dió Sayavedra (en su presencia) la llave de uno de los baules á uno de aquellos criados, diciéndole: «oyes, vete con el señor Pompeyo, y sácame tal vestido que hallaras en tal parte, para vestirme mañana.» Fuéronse juntos, y el criado hizo puntualmente lo que le mandaron, desliando en presencia de Pompeyo el baul señalado, y sacando el vestido del volviólo á cerrar y fué con la llave.

Aquella noche le hizo llevar Pompeyo una muy buena cena, colacion y vino admirable, con que puestos á orza se dejaron dormir hasta el dia siguiente, que por la mañana lo volvió á visitar Pompeyo, y dijéronle los criados que reposaba, porque no habia podido dormir en toda la noche. Quisírase volver á ir, mas no se lo consintieron, diciendo, que reñiría mucho su señor con ellos cuando supiese que su merced hubiese llegado y no se lo hubiesen dicho. Entráronle á decir que allí estaba el señor Pompeyo; él se alegró mucho, y les mandó que metiesen asiento y entrase. Preguntóle por su salud Pompeyo, y qué habia sido la indisposicion pasada. Respondió que del poco uso y mucho cansancio de la posta, no se hallaba bien dispuesto, y que pensaba sangrarse. Bien quisiera Pompeyo que mudara de posada y llevarlo á la suya. Sayavedra dió por excusa tener criados inquietos, y que pensaba rehacerse dellos dentro de ocho dias ó diez, que para entonces le prometia ir á recibir aquella merced. Suplicóle también fuera servido en el interin enviarle allí con uno de sus criados los baules, porque de aquellos no tenia mucha satisfacion, y dándole las llaves podrian hacerle alguna falta. Parecióle bien á Pompeyo cuanto en aquello, y pesóle mucho que tratase de hacerse curar en hosteria; mas con la promesa hecha hizo lo que le pidió, y en llegando á su posada cargaron los baules á unos pícaros, y con uno de los criados de su casa los llevaron donde Sayavedra estaba. Envióle aquel dia de comer muy regaladamente, y habiéndose á la noche despedido los dos amigos para irse á dormir, Sayavedra y sus compañeros mudaron en otra casa secreta lo que allí habian traído, y de allí se partieron luego á Florencia por la posta, donde cuando llegaron se puso todo de manifiesto para hacer la particion.

Eran los compañeros de Sayavedra maestros en el arte, astutos y belicosos, y el principal autor dellos, natural de Bolonia, llamábase Alejandro Bentivoglio, hijo del mesmo, un letrado doctor de aquella universidad, rico, gran maquinador, no de mucho discurso, y fabricaba por la imaginacion cosas de gran entretenimiento. Este tuvo dos hijos, en condicion opuestos y grandísimos contrarios: el mayor se llamó Vicencio, mancebo ignorante, risa del

pueblo, con quien los nobles del pasaban su entretenimiento; decia famosísimos disparates, ya jactándose de noble, ya de valiente, hacíase gran músico, jinete, poeta, y sobre todo enamorado, y tanto, que se pudiera del decir déjalas penen. El otro era este Alejandro, grandísimo ladrón, sutil de manos y robusto de fuerzas, que de bien consentido y mal dotrinado resultó salir travieso, juntándose con malas compañías. Eran los compañeros deste otros tales rufianes como él, que siempre *cada uno apece su semejante, y cada género corre á su centro*. Pues como fuese la cabeza y mayor de sus allegados, el principal de todos en todo, hizo que Sayavedra se contentase con muy poco, dándole algunos y los peores de los vestidos, y pareciéndole no tener allí buena seguridad, fué á la tierra del papa, donde tenia el padre alcalde; partióse luego á Bolonia por la posta, llevándose la nata, joyas y dineros; recogióse á la casa de sus padres, y los mas compañeros (con lo que les cupo de parte) huyeron á Trento, según después en Bolonia me dijeron, y por allá se desparecieron.

Cuando Pompeyo volvió á visitarme, como no halló mi estatua ni á sus familiares, preguntó á los huéspedes por ellos; dijéronle como la noche antes habian salido de allí con los baules no sabian adónde. Luego vió mala señal, y sospechando lo que pudiere ser, hizo extraordinarias y muchas diligencias en buscarlos; y teniendo noticia que iban por la posta camino de Florencia, envió un barrachel en su seguimiento con requisitoria para prenderlos. Ellos andan allá en su negocio: volvamos agora un poco al mio, y quiera Dios que en el entretanto parezca.

Quedéme aquellos dias contento y descuidado de tal bellaquería, y muy sobresaltado con deseo de saber de mi amigo enfermo, si tendria salud ó necesidad; esperéle cuatro dias, y viendo que no volvia, me detuve otros tantos en buscarlo entre los de la patria, dando las señas; mas era *preguntar por en Tunex en Portugal*. No me valieron diligencias; creí que sin duda estaria muy malo, si acaso ya no fuese muerto. También me pareció, que pues me habia encubierto su posada, que seria verdadera la causa por no haber lugar para poderlo visitar en ella. Hice todo el deber, y cuando no fué mi posible de provecho, dejéle un largo recaudo en casa, y pidiendo al embajador mi señor licencia, determiné la ejecucion del viaje para el siguiente dia. El sintió mucho mi ausencia, echóme sus brazos encima, y al cuello una cadenilla de oro, que acostumbra traer de ordinario, diciéndome: «dóitela para que siempre que la veas tengas memoria de mí, que te deseo todo bien. Mas me dió para el viaje (sin lo que yo llevaba mio) lo que bastaba para poder pasar algunos dias bien cumplidamente, sin sentir falta ninguna. Mandóme que de donde quiera que allegase le diese aviso de mi salud y sucesos, por lo que holgaria que fuesen buenos hasta volverme á ver en su casa. Sus palabras fueron tan amorosas, el razonamiento y consejos con que me despidió tan elegante y tierno, exhortándome á la virtud, que no pude resistir sin rasáreme con lágrimas los ojos. Beséle la mano, la rodilla sentada en el suelo; dióme su bendicion, y con ella un rocín en que salí de su casa y llevé todo el camino. El y sus criados quedaron enternecidos con el sentimiento de mi partida: él, porque me amaba y me perdia, que sin duda le hice falta para el regalo de su servicio; y ellos, porque aunque mis cosas eran malas para mí, jamás lo fueron para los compañeros, y llegados á las veras, pusieran sus personas todos en defensa de la mia. Siempre les fui buen amigo, nunca los inquieté con chismes, ni truje revueltos, ni tercié mal con mi amo en sus pretensiones ó mercedes en que interesasen, antes les ayudaba en todo, y con esto hacia mi negocio; porque haciéndoselas á ellos en abundancia, de necesidad habian de ser las mias muy mayores, pues ellos eran tenidos por criados, y yo en lugar de hijo. Así se alababan que siempre



les era buen hermano, y mi señor, de que tenía en mí un fiel criado: de manera, que ni mi servicio desmereció, ni mi amistad les faltó; y si la publicidad que se levantó de lo sucedido en casa de Fabia no se divulgara por boca de Nicoleta, que contó á cuantas amigas y amigos tenía la burla que recibí de su señora en el corral de su casa, nunca yo dejara la comodidad que tenía ni mi señor el criado que tan bien le servía. Ved lo que destruye una mala lengua de mala mujer, que, sin salvarse á sí, disfamó la casa de sus amos, y descompuso la nuestra. Nadie les fie su secreto ni á su consorte misma, si fuere posible; porque con poco enojo, por vengarse os quiebran el ojo, y con pequeña causa os hacen causa.

Sali de Roma como un príncipe, bien tratado y mejor proveído para poderme dar un gentil verde, tan en tanto que se secaba el barro; que cuando acontecen á suceder tales casos, no hay tal remedio como tiempo y tierra en medio. Iba yo mas contento que Mingo, galán, rico, libre de mala voz y con buen propósito; donde ya no pensaba volver á ser el que fui, sino un Fénix nuevo, renacido de aquellas cenizas viejas. Iba donde mi amigo Pompeyo me aguardaba con muy gentil aposento, cama y mesa. Llegué á Siena, y derechamente preguntando por él, me dijeron su posada; hallélo en ella, recibíome alegre y confusamente, sin saber qué hacer ó decir del suceso pasado; estaba tristísimo interiormente, tanto por el valor del hurto, cuanto por la burla recibida y mala cuenta que daría de mi hacienda. No me habló palabra de los baules, y quisiera encubrirme, mas no fué posible; porque luego el día siguiente, que quisiera dar por Siena una gran pavonada, pidiéndolos para vestirme, fué forzoso decírmelo, dándome buenas esperanzas, que nada se perdería con la buena diligencia hecha. Sentí aquel golpe de mar con harto dolor, como lo sintieras tú, cuando te hallaras como yo desbalijado, en tierra extraña. Lejos del favor, y obligado á buscarlo de nuevo, y no con mucho dinero, ni mas vestido del que tenía puesto encima, y dos camisas en el porta-manteo; empero liberos Dios de hecho es, cuando ya el daño no tenga remedio; que forzoso la habeis de beber y no se puede verter. Hice buen ánimo, saqué fuerzas de flaqueza; porque si en público lo sintiera mucho, fuera ocasion para ser de secreto tenido en poco, aventurando la amistad, supuesto que de lo contrario no se me pudiera seguir útil alguno. Consejo cuerdo es acometer á las adversidades con alegre rostro, porque con ello se vencen los enemigos y cobran los amigos aliento.

Tres días tuve (como dicen) calzadas las espuelas, esperando de camino lo que hubiese sucedido al barrachel en el suyo, si acaso hubiese tenido algun buen rastro. Y estando sentados á la mesa, poco después de haber comido, tratando de mis desgracias y astucia que tuvieron los ladrones en robarme, sentí gran tropel de los criados y gente de casa que subían por la escalera, diciendo: «ya viene, ya viene, ya pareció el principal de los ladrones, el hurto ha parecido.» Con esto cobré ánimo, alegróseme la sangre, las muestras del contento interior me salieron al rostro, que no es posible disimular el corazón lo que siente con súbitas alegrías; pues á veces acontece, siendo grandes, ahogar su calor al natural y privar de la vida. Luz encendieron entonces en mis ojos, pues pareció que con ello daba las albricias á cuantos me las pedían, y los brazos abiertos iba recibiendo en ellos los parabienes. Levántamonos de la mesa para salir al encuentro al barrachel, que, cual otro yo, traía la boca llena de alegría, y habiéndonos abrazado estrechamente, cuando le pregunté por el hurto, me respondió, que todo se haría muy bien. Volvíle á preguntar, en qué modo, y díjome: que uno de los ladrones venía preso, porque los otros no habían parecido ni el hurto, mas que aqueste diría de todo. Consideraste por ventura cuando alguna vez en las en-

cendidas brasas aconteció caer mucho golpe de agua, que súbitamente se levanta espeso humo, tan caliente que casi quema tanto como ellas mismas? Tal me dejaron sus palabras; todas las muestras de alegría, que poco antes derramaba por toda mi persona, se apagaron con el agua de su triste nueva, y en aquel instante se levantó en mí una humareda de cólera infernal, con que quisiera mostrar lo que sentía; mas como tan poco vale á eso, reportéme.

Pompeyo pidió su capa, salió luego á tratar con el juez que se hiciesen algunas diligencias importantes, que al parecer convenia hacerse; mas todo fué sin provecho, porque ni negó el hurto, ni confesó su delito. Díjo, que los otros lo habían hecho, que solo él era criado de uno dellos, y que le habían dado un solo vestidillo que vendió y gastó en Florencia, y en el viaje agora cuando lo volvieron á Siena. Esto hacen los malos: ayudan y favorecen de obras y consejos al mal, y conseguido su intento se desamparan los unos á los otros, tomando cada cual su vereda. Con esta confesion, por ser este hurto el primero en que se habia hallado, con lo que mas alegó en su defensa, y por las consideraciones que se le ofrecieron al juez, fué condenado en vergüenza pública, y en destierro de aquella ciudad por cierto tiempo. Estaba un criado de casa con mucho cuidado esperando el suceso deste negocio para venirme á dar aviso dello, y cuando le dijeron la sentencia, como si me trujera los baules, entró en el aposento con mucha priesa risueño y alegre, y díjome: señor Guzmán, alégrese vuestra merced, que su ladrón está condenado á la vergüenza, y hoy lo sacan: «vaya si lo quiere ver, que no tardará mucho.» Mucho quisiera yo entonces que aqueste necio fuera mi criado y estar en mi casa, ó en otra parte alguna, donde á mi satisfacion le pudiera romper los hocicos y dientes á mojonones; grandísimo enojo sentí con el disparate de sus palabras. «¡Oh traidor (decía entre mí)! Vesme perdido y pobre, ¿y quiéresme consolar con tus locuras?» Ahogábame la cólera; mas en medio de su fuerza mayor se me ofreció á la memoria otro consuelo semejante á este, que me contaron verdaderamente haber pasado en Sevilla, con que me rezojó la risa en el cuerpo, y con las cosquillas olvidé la ira, y fué: un juez de aquella ciudad tenía preso por especial comision del supremo consejo á un delincuente, famoso falsario, que con firmas contrahechas á las de su majestad, y recaudos falsos, habia cobrado muchos dineros en diversas partes y tiempos. Fué condenado á muerte de horca, no obstante que alegaba el reo ser de Evangelio, y declinaba jurisdicción; mas el resuelto juez, creyendo que también los títulos eran falsos, apretaba con él, y de hecho mandó que ejecutasen su sentencia. El ordinario eclesiástico hacia lo que podia de su parte, agravando censuras hasta poner *cesatio á divinis*; mas como no fuese alguna parte toda su diligencia para impedir las del juez á que no lo ahorcasen, ya cuando lo tenían subido en lo alto de la escalera, la sogá bien atada para quererle arrojar, se puso al pié della un cierto notario, que solicitaba su negocio, y poniéndose la mano en el pecho, le dijo: «señor N., ya vuestra merced ha visto que las diligencias hechas han sido todas las posibles, y que ninguna de las esenciales ha dejádose de hacer para su remedio; ya esto no lo lleva, porque de hecho quiere proceder el juez; y como quien soy le juro que le hace notorio agravio y sin justicia; mas pues no puede ser menos, preste vuestra merced paciencia, déjese ahorcar, y fiese de mí, que acá quedo yo.»

Ved qué consuelo puede ser para los que padecen, cuando les dicen palabras tales y tan disparatadas. ¿Qué gusto podrá recibir un desdichado que ahorcan, con que acá le queda un buen solicitador? Y pudiérale muy bien decir el paciente: «harto mejor sería que subiédeses vos en mi lugar, y que fuese yo á solicitar mi negocio.» Un hombre

robado y pobre como yo, ¿qué abrigo ni honra podia sacar de ver llevar á un ladrón á la vergüenza? Por ventura, ¿honrábame su afrenta, ó donde contara el caso y su castigo me habían de dar por ello lo necesario? Fuime de allí á otro aposento, considerando en las ignorancias destos, y revolviendo sobre mi hurto, como aquello que tanto me dolía, iba discurriendo en diferentes cosas; entre las cuales fué una lo poco que importan semejantes castigos. ¿Qué vergüenza le pueden quitar ó dar á quien para hurtar no la tiene, y se dispone á recibir por ello la pena en que fuere condenado?

¶ Roba un ladrón una casa, y pásenlo por la ciudad. Cuanto á mi mal entender y poco saber, no sé qué decir contra las leyes, que siempre fueron bien pensadas y con maduro consejo establecidas; empero no siento que sea castigo para un ladrón sacarlo á la vergüenza ni desterrarlo del pueblo; antes me parece premio que pena; pues con aquello es decirle tácitamente: amigo, ya de aquí te aprovechaste como pudiste y te helgaste á nuestra costa; otro poquito á otro cabo, déjanos á nosotros y pásate á robar á nuestros vecinos. No quiero persuadirme que el daño está en las leyes, antes en los ejecutores dellas, por ser mal entendidas y sin prudencia ejecutadas. El juez debiera entender y saber á quién y por qué condena; que los destierros fueron hechos no para ladrones forasteros, antes para ciudadanos, gente natural y noble, cuyas personas no habían de padecer pena pública ni afrentas, y porque no quedasen los delitos de los tales faltos de punición, acordaron las divinas leyes de ordenar el destierro, que sin duda es el castigo mayor que pudo dársele á los tales, porque dejan los amigos, los parientes, las casas, las heredades, el regalo, el trato y negociacion: y caminar sin saber adónde, y tratar después no sabiendo con quién, fué sin duda grandísima y aun gravísima pena, no menor que de muerte, y fué permission del cielo, que quien estableció la ley, siendo della invento, la padeciese, pues lo desterraron sus mismos atenienses. Mucho lo sintieron muchos, y algunos igual que la muerte. ¶

¶ Dícese de Demóstenes, príncipe de la elocuencia griega, que saliendo desterrado y aun casi desesperado, vertiendo muchas lágrimas de sentimiento por la crueldad que con él habían usado sus naturales mismos, á quien él habia siempre amparado y favorecido, defendiéndolos con todo su posible; y como en el camino llegase á un lugar donde halló acaso unos muy grandes amigos, creyó que allí lo mataran; mas no solo lo perdonaron, que compadecidos dél, viéndolo afligido, lo consolaron, haciéndole todo buen tratamiento, y proveyéndole de las cosas necesarias en su destierro. Lo cual fué causa de mas acrecentar su dolor; pues animándolo sus amigos, les dijo: «¿cómo quereis que me reporte y deje de hacer grandes extremos viendo la mucha razon que tengo? Pues voy desterrado de una tierra, donde son los enemigos tales, que dudo hallar (y me sería felicidad si alcanzase á granjear donde voy desterrado) tales amigos cuales ellos.» También desterraron á Temístocles, el cual, siendo favorecido en Persia mas que lo era en Grecia, dijo á sus compañeros: «por cierto, si no nos perdiéramos, perdidos fuéramos.» Los romanos desterraron á Cicerón, inducidos de Clodio su enemigo, después de haber libertado á su patria. Desterraron también á Publio Rutilio, el cual fué tan valeroso, que después, cuando los de la parte de Sila (que

fueron quien causaron su destierro) quisieron alzársele, no quiso recibir su favor, y dijo: «mas quiero avergonzárlos estimando su favor en poco, y dándoles á sentir su yerro con mi agravio, que gozar el beneficio que me hacen.» Desterraron también á Scipion Násica, en pago de haber libertado á su patria de la tiranía de los Gracos. Anibal murió en destierro. Camilo fué desterrado, siendo tan valeroso, que se dijo dél ser el segundo fundador de Roma, por haberla libertado y á sus enemigos mismos. Los lacedemonios desterraron á su Licurgo, varón sabio y prudentísimo que les dió leyes. Y no se contentaron con solo esto; que aun lo apedrearon y le quebraron un ojo. Los atenienses desterraron con ignominia y sin causa su legislador Solon, y lo echaron á la isla de Chipre, y á su gran capitán Trasíbulo. ¶

¶ Estos y otro infinito número de semejantes fueron desterrados, y daban esta pena los antiguos á los hombres nobles y principales por castigo gravísimo. Yo conocí un ladrón, que siendo de poca edad y no capaz de otro mayor, como lo hubiesen desterrado muchas veces, y nunca hubiese querido salir á cumplir el destierro; y también porque sus hurtos no pasaban de cosas de comer, le mandó la justicia poner un argollon con un virote muy alto de hierro, y colgando dél una campanilla, porque fuese avisando con el sonido della, y se guardasen dél. Este se pudo llamar justo y donoso castigo. En esto acabarás de conocer qué grave cosa sea un destierro para los buenos, y cuán cosa de risa para los malos, á quien todo el mundo es patria comun, y donde hallan qué hurtar, de allí son originarios. Donde quiera que llega, entra de refresco, sin ser conocido, que no es pequeña comodidad para mejor usar su oficio sin ser sentido. No sé cómo lo entiende quien así castiga: menos mal fuera dejarlo andar por el pueblo, con la señal dicha, y guardarse dél, que no enviarlo donde no lo conocen, con carta de horro para robar el mundo. No, no; que no es útil á la república, ni buena policía hacer á ladrones tanto regalo, antes por leves hurtos debieran dárseles graves penas. Echenlos, échenlos en las galeras, métanlos en presidios, ó dénles otros castigos, por mas ó menos tiempo, conforme á los delitos; y cuando no fuesen de calidad que mereciesen ser agravados tanto, á lo menos debíanlos perdigar, como en muchas partes acostumbraban, que les hacen cierta señal de fuego en las espaldas, por donde al segundo hurto son conocidos. Llevan con esto hecha la causa, sábase quién son y su trato; castiga la reincidencia mas gravemente; y muchos con el temor dan la vuelta, quedando de la primera corregidos y escarmentados, con miedo de no ser después ahorcados. Esta si es justicia, que todo lo mas es fruta regalada y ocasion para que los escribanos hurten tanto como ellos, y no sé si me alargue á decir que los libran porque salgan á robar, para tener mas que poderles después quitar. Quiero callar, que soy hombre y estoy castigado de sus falsedades, y no sé si volveré á sus manos, y tomen venganza de mi muy á sus anchos, pues no hay quien les vaya á la mano. Mi ladrón se libró, confesó quiénes eran los principales y el viaje que llevaron; con lo cual y con su paseo fué suelto de la cárcel, dejándome á mí en la de suma pobreza y á buenas noches. Mañana en amaneciendo te diré mi suceso, si de lo pasado llevas deseo de saberlo. ¶